

## DISCURSO DÉCIMONONO

### DE LA MURMURACIÓN

Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum? Non enim lavant manus suas cum panem manducant.

¿Por qué tus discípulos no guardan los usos y costumbres de nuestros mayores? Pues no se lavan las manos antes de comer el pan...

(MATTH., XV, 2.)

### EXORDIO

Por *insinuación* oratoria.

Si en algún tiempo fué verdad que de unas mismas flores liban las abejas néctar preciosísimo, y sacan las arañas veneno asqueroso y ponzoña pestilencial, vióse esto manifiestamente en lo que de las acciones de los gloriosos apóstoles cuenta hoy el sagrado Evangelista. Dejadas sus redes y todas las cosas de este mundo, seguían con grande devoción á su Maestro, y así, viviendo en suma pobreza, ninguna cuenta tenían de sí mismos, ni del regalo y aseo de sus personas. ¿Quién creyera que aun en esto serían acusados? Pues lo fueron, y ved de qué delito tan enorme: no de que gustasen manjares inmundos, no de que tocasen los cuerpos de los muertos, sino de que algunas veces ¡gran pecado! no se lavaban las manos escrupulosamente antes de comer, aunque no fuese más que pan: *Non enim lavant manus suas, cum panem manducant*; y lo que en pobres pescadores podría achacarse á rudeza y simplicidad, repútase por menosprecio de los ritos y vilipendio de las venerandas tradiciones. ¡Tan cierto es que la malicia del hombre sabe de toda flor y hierba saludable destilar mortífera ponzoña!

1.ª parte. Pro-  
pos. del exordio

(la abeja y la araña)

confirmada por el Evangelio: los Apóstoles murmurados por no lavarse las manos;

ironía y sustentación.

Conclusión de la 2.ª parte por epifonema.

Y ¿qué malicia, mis amados oyentes, sino ésta es la que

2.ª parte, ó aplicación.



Personifícase la murmuración que todo lo infecta,

por inducciones varias.

Conclusión y proposición universal.

Propos. particular y fin de este discurso.

Costumbres oratorias para ganarse la benevolencia.

hoy todo lo envenena entre nosotros, y, cundiendo como infernal pestilencia, se derrama por todos los ángulos de la ciudad, paséase por las calles, entra en las casas, invade los palacios, y plegue á Dios que no penetre en los claustros mejor amurallados? Si uno es manso y sufre con paciencia los agravios, dicen que es un cobarde; si abstinentemente y gran ayunador, que es un avaro; si piadoso, que es un hipócrita; si casto y recogido, que es frío y melancólico; y así, de todo se saca materia fecunda de murmuración; como si nuestro encumbramiento dependiese del abatimiento de los otros, y nuestro brillo y resplandor de la obscuridad de nuestros hermanos.—¿No es esto una vileza, oyentes míos? Nuestro empeño debiera ser perfeccionarnos cada día más y más, no que aparezcán y campeen las ajenas tachas.

Tened á bien, de consiguiente, que tome por **blanco de mi predicación mortificar esas lenguas desmandadas y maldicientes**, que entre nosotros todo lo ensucian con su inmundicia, á fin de tapar sus bocas, rogándoles fervorosamente que asienten en su corazón aquel propósito del Real Profeta cuando dijo: *Non loquatur os meum opera hominum* <sup>1</sup>. No hable mi boca las obras de los hombres. Y ¿cuáles son las obras de los hombres? ¿sus virtudes? No, sino sus vicios, que aquéllas son más propias de Dios nuestro Señor. Por tanto, ésos que gustan de hablar continuamente de vidas ajenas, guarden esta ley, es á saber, que **digan lo que los hombres tienen de Dios, y callen lo que los hombres tienen de su propia cosecha**; y acontecerá de esta suerte que de maldicientes se trocarán en alabadores y panegiristas.

Presumo, oyentes míos, que, al sentirse éstos lastimados de mis palabras, se enojarán por ventura, y me harán desdichado de mí pagar la pena de mi atrevimiento, diciendo de mi discurso, para ellos odiosísimo, cuanto les inspire la pasión. No me espanto por esto, ni quiero faltar á mi sagrado oficio; y, á trueque de que no murmuren de ningún otro, doyme por contento que se desahoguen contra mí á todo su placer, como en el más digno de toda afrenta y vituperio.

<sup>1</sup> Ps. xvi, 4.

## PRIMERA PARTE

## II

Arg. 1.º  
AGRAVIO Á LA  
PERSONA DE  
QUIEN MURMU-  
RÁIS.

Y, en primer lugar, gran hazaña por cierto y notable valentía la vuestra, murmuradores, tomaros tan denodadamente con un ausente y lejano, que, como no os oye, ni puede justificar su causa ni rebatir vuestra insolencia y charlatanería. Hizo Dios una ley en el Levítico, á vuestro parecer acaso de no mucho interés, pero á mi intento muy provechosa. Prohibía en ella nuestro Señor que nadie injuriase de palabra ni maldijese á los sordos: *Non maledices surdo* <sup>1</sup>. ¿Por qué esta singular prohibición? Entre todos los desdichados de la tierra ¿han de gozar los sordos especial privilegio, por manera que sea lícito injuriar impunemente á los tuertos, por ejemplo, á los mancos, á los contrahechos y tartamudos, y de ninguna forma á los sordos? No, ciertamente; porque consta que la caridad disimula y cubre con su manto toda clase de pecados: *Universa delicta operit caritas* <sup>2</sup>. A pesar de esto, quiso nuestro Señor, si creemos á los sagrados intérpretes, mostrar con ellos una providencia particular en este punto; porque, verdaderamente, sabe á crueldad extraña tomársela con quien, no oyendo los cargos, no puede defenderse.

Mas decidme, murmuradores, ¿no es ésta vuestra conducta? Hablar mal de los sordos, dice San Gregorio moralizando este pasaje, es murmurar del ausente y que no oye: *Surdo maledicere, est absenti et non audienti derogare* <sup>3</sup>. Allí, desde vuestro rincón y atrincheramiento, criticáis sin piedad los actos de quien no oye vuestras insolencias, y no reparáis que en esto no sólo dais muestras de audacia suma, pero de injusticia, cometiendo la mayor sinrazón del mundo. ¿Creéis, acaso, que si presente se hallase ese infeliz en quien claváis los dientes, tendríais valor para desmandaros tanto contra él?

Por allegarme oratorio.

Propos. mayor.  
Es vileza grande lastimar á quien no puede defenderse.

Por autoridad divina.

hustrada.

por razón.

Prop. menor.  
Eso hacéis murmurando del ausente.

Por autoridad.

Luego. Transición.

<sup>1</sup> Levit., xix, 14.—<sup>2</sup> Prov., x, 12.—<sup>3</sup> 3. p. Past. adm. 36.



## CONFIRMACIÓN.

a) Sois, además de injustos, unos traidores, pues haría por la espalda;

por el dicho de Job,

por desemejantes,

por símil del mastín cobarde;

arguye por desemejanza.

β) Sois adúlteres vilces en presencia,

por enumeración.

Luego

Anticipación.— Pero, ¿quién osará reprenderlos en presencia?

En esto (perdonadme que empiece á valerme de expresiones algo fuertes y desabridas), en esto sois unos traidores que acometéis al contrario por la espalda. Cuando volví las espaldas y me desvié de ellos, murmuraban de mí, decía el santo Job: *Cum ab eis recessissem, detrahebant mihi* <sup>1</sup>. Si tiene defectos que tanto os dan en rostro, andad, encaraos con él, embestidle de frente, como hicieron Natán con David, Ahías con Jeroboán, Miqueas con Acab <sup>2</sup>. Ponedle delante la injuria de Dios, el escándalo del prójimo, la salvación de su alma; avisadle, reprendedle, atemorizadle, si conviene, que con esta valentía mereceréis mucho en el acatamiento del Señor. Mas, vituperando sus hechos en ausencia, ¿qué hacéis sino ladrar, como cobardes mastines, contra el lobo cuando, con la oveja entre los dientes y escapado bosque adentro, no alcanza á oír vuestros clamores? Y aun pluguiera á Dios que imitaseis á esos animales; porque, si bien es verdad que enmudecen á la presencia del robador, *canes muti, non valentes latrare*, perros mudos que no osan ladrar, como los llama Isaías, pero jamás veréis que de alguna manera aprueben el hurto, ni halaguen á los ladrones, ni mucho menos que les ayuden ó den la mano para despedazar la res.

Y vosotros ¿cuántas veces murmuráis á espaldas de aquel personaje público ó caballero particular, porque vive mala vida, porque juega y derrocha, porque no cumple con las obligaciones de su cargo; y luego después, cuando estáis con él, le alabáis bajamente esas mismas demasías, que poco ha censurabais con tanta vehemencia, le habláis de sus liviandades como de simples desahogos de su ardiente naturaleza, del juego como de solaz y esparcimiento, del malgastar como de lujo y esplendidez, y no vaciláis en exhortarle amistosamente á distraerse un poco más del peso y balumba de los negocios, que después, maldicientes, aseguraréis que descuida por completo? ¿No es ésta una sinrazón y agravio intolerable?

Bien sé que se necesita gran pecho para avisar á uno cara á cara de sus vicios y defectos, mayormente á perso-

<sup>1</sup> Job, XIX, 18.—<sup>2</sup> 2 Reg., XII, 1. 3 Reg., XIV, 7; et XXII, 17.

nas de estado y bien acomodadas. Un Elías sería menester, hombre despegado del mundo, y que, contento con una raída piel á la cintura, tenía su vivienda cabe un torrente, y por comida el duro pan que los cuervos le regalaban <sup>1</sup>. Pero, ya que no tenéis ánimo para tanto, dejadle en paz y no despedacéis, ausente, á quien presente ni aun os atrevéis á zaherir. Porque la verdad, como dice San Jerónimo, no quiere los rincones y escondrijos: *Veritas non amat angulos* <sup>2</sup>; y herir á escondidas y de soslayo es imitar á los topos que muerden sin ser notados, ó más bien á ciertas sierpes, de las cuales afirmó el Eclesiastés que se esconden en la arena y están muy quedas, sin silbar ni bullirse, espiando á los pasajeros, para hincar su diente en los calcañares del incauto. La serpiente muerde en silencio sin ser sentida, y esto hace quien murmura y habla mal en secreto. *Si mordeat serpens in silentio, nihil eo minus habet qui occulte detrahit* <sup>3</sup>.

Y ¿cómo ó quién os dará traza para restituir el buen nombre que robasteis por la detracción? Demos que lo procuraréis con todas vuestras fuerzas y con el celo y diligencia de que sois capaces, ¡cuán difícil os será, no obstante, dorrar lo que desdoraisteis con la baba de la murmuración! Quiso Moisés demostrar á Faraón que era verdadero ministro y embajador del Dios de Israel. Y ¿qué hizo? Traía en la mano una vara, arrojóla en tierra y convirtióse al punto en horrible serpiente. Pero no hayáis miedo; tómalá otra vez en su mano y, de serpiente, la transforma en vara <sup>4</sup>. Los magos de Faraón intentaron hacer lo mismo, pero no les sucedió; porque es verdad que sin trabajo trocaron las varas en serpientes; pero aquellas serpientes, serpientes se quedaron, ni jamás las serpientes volvieron á ser varas. ¿Habéislo notado, mis amados hermanos? dice con agudeza Orígenes. He aquí adónde llega la virtud del demonio: puede convertir el bien en mal, mas no puede trocar el mal en bien <sup>5</sup>.

Resp. Pues calla y no seas como

los topos y

las sierpes que muerden en silencio.

Y) Difícilmente restituiréis la fama. Luego.

Frúchase por la alegoría de las serpientes de Moisés y

de los magos.

<sup>1</sup> 3 Reg., XVII, 5-6; 4 Reg., 1, 8.

<sup>2</sup> Epist. 4 ad Rust.—<sup>3</sup> Eclli., X, 11.—<sup>4</sup> Exod., VII, 10.

<sup>5</sup> Non potuit virtus daemoniaca malum, quod ex bono fecerat, restituere



Aplicase por  
enumeración y cor-  
municación;

por razón

por máxima impia  
de Maquiavelo,

por comparación  
desemejante del  
restituir dinero,

Conclusión.

Arg. 2.<sup>o</sup>  
Daño á los que  
escuchan.

Transición per-  
fecta,

Tal os acontecerá á vosotros; podréis, sin dificultad, ha-  
cer que un hombre honrado aparezca, por las tachas que le  
ponéis, feo como serpiente; mas ¿cómo os compondréis para  
volverle á su antigua forma y reputación? Cosa muy hace-  
dera os será que aquella persona casta y limpia aparezca  
impura y liviana; pero ¿cómo os valdréis para de impura  
tornarla limpia? Nada os costará que el piadoso y devoto  
aparezca hipócrita; pero, de hipócrita, ¿cómo haréis para  
que torne á parecer devoto? Las menguas y defectos con  
facilidad se creen, porque siempre tenemos los oídos abier-  
tos y el corazón aparejado: *pronis auribus excipiuntur*; pero  
las retractaciones ¡oh cuán dificultosamente se reciben, al  
menos con entero crédito! Calumniad, decía aquel infame  
político, calumniad, que siempre queda algo: *Calumniare,  
semper aliquid remanet*, y la serpiente quedará serpiente.  
¿Quién no ve, por lo tanto, que jamás ¡oh murmuradores!  
podréis resarcir justa y cabalmente el grave daño que ha-  
céis á vuestro hermano? ¡Restituir la fama! ¡restablecer el  
buen nombre! ¡Ardua empresa, oyentes míos, por no decir  
imposible! Que no tiene aquí lugar lo que en las restitucio-  
nes de dinero ó bienes temporales: *Si quid aliquem defrau-  
davi, reddo quadruplum*<sup>1</sup>. Si en algo perjudiqué á alguno, le  
vuelvo cuadrodoblado. ¿Qué haremos, pues? ¿qué regla se-  
guiremos para quitar escrúpulos? La del real Profeta: ca-  
llar, enmudecer: *Non loquatur os meum opera hominum*: no  
entrometernos en lo que no nos importa.

### III

Pero lo dicho hasta aquí, bien ponderado, es el menor  
mal de los que trae esta pestilencia de la murmuración, á  
saber: el agravio que se comete contra la persona de quien  
se murmura; agravio al fin que perjudica, no al alma, sino al  
nombre y reputación; cosa, aunque muy estimable, caduca

in bonum. Potuit ex virga serpentem facere, virgam autem reddere ex ser-  
pente non potuit. Hom. 13 in cap. 22 Numer.

<sup>1</sup> Luc., xix, 8.

y precedera. Mayor daño hacéis á los que oyen vuestra  
murmuración, con ponerles delante tan gran tropiezo, que  
pueden dar consigo en la eterna perdición. Porque, escu-  
chadme, os ruego, atentamente. Esos con quien murmu-  
ráis, ó son malos y de vida desbaratada, ó son buenos y  
temerosos de Dios. ¿Qué respondéis? ¿Son, por ventura,  
malos? ¡Oh, con qué fiesta y regocijo celebrarán el oír de  
vuestros labios que no les faltan compañeros de sus malda-  
des! ¡Qué alientos cobrarán! ¡qué bríos! ¡qué osadía y  
desvergüenza!; y, lo que es peor, ¡qué ánimo para, tras las  
censuras vuestras, añadir las suyas y soltar en insultos sus  
lenguas maldicientes!

y de mostración  
por dilema.

Si son malos,  
cobrarán alientos.

Sabido por el rey David el desastroso suceso de Saúl,  
muerto desgraciadamente en la montaña de Gelboé con sus  
tres hijos, guerreros esforzados, rogó á los portadores de  
la fatal noticia que por Dios no dejasen traslucir aque-  
lla nueva á los moradores de Geth y á los pueblos de As-  
calón, para no dar lugar á los incircuncisos de engreirse y  
ufanarse con las calamidades de Israel. No lo digáis en  
Geth, les decía, ni lo publiquéis en las plazas de Ascalón,  
no sea que se alegren los hijos de los filisteos, y las hijas  
de los incircuncisos hagan fiesta<sup>1</sup>.

Confirmación  
por ejemplo con-  
trario de David  
en el desastre de  
Saúl.

Y vosotros, murmuradores, ¿qué es lo que hacéis? ¿qué  
hacéis, digo, cuando en vuestras pláticas y malditas juntas  
sacáis á plaza la caída de aquella persona, la fragilidad del  
otro eclesiástico, el fausto y boato de aquel que hace pro-  
fesión de más pobreza y menosprecio del mundo, sino dar  
á los incircuncisos ocasión de regocijo, pero regocijo y jú-  
bilo malvados? Verdad es que los moradores de Geth y los  
pueblos de Ascalón se hubieran alegrado, mas ¿de qué?, de  
un desastre é infortunio temporal; pero los que oyen vues-  
tras pláticas se alegran de las ofensas de Dios. ¡Oh, cuán  
cuantas veces acaece que de vuestro dicho toman pie los cir-  
cunstantes para denigrar un orden ó profesión entera, por  
lo que oyeron de vos acerca de uno solo! ¡Quién afirma que

Argumentación  
á fortiori contra  
los murmurado-  
res,

por enumeración

y distribución as-  
cendente.

<sup>1</sup> Nolite annuntiare in Geth, neque annuntietis in comitiis Ascalonis:  
ne forte laetentur filii Philisthim, ne exultent filiae incircuncisorum.  
2 Reg., I, 20.



es menester irles á la mano; quién añade que están de más en la república; quién osa poner su boca sacrílega en el cielo y reprueba sus leyes y estatutos! Que es pestilencia contagiosa la murmuración, y á la manera que habéis observado en las horas más calurosas del estío, que en comenzando á chirriar desde los árboles una cigarra, otras y otras la imitan y crece por momentos la importuna música, así un deslenguado que murmura despierta en todos los circunstancias la gana y comezón de maldecir. ¿Cómo, pues, tenéis hombros para llevar una carga tan pesada de iniquidad, como son los pecados á que daís ocasión con vuestra soltura en el hablar?

Razón; porque es vicio muy pe-  
gajoso,

por similitud de las  
cigarras.

Luego.

Arg. 3.º ó se-  
gundo miembro.

Daño en los bue-  
nos,

por lo malo que  
aprenden,

por la vanagloria  
que de sí conci-  
ben,

por las divisiones  
entre amigos,

por los juicios que  
forman.

CONFIRMACIÓN  
por testimonio  
ilustrado;

## IV

Y si las personas en cuya presencia murmuráis son buenas y temerosas de Dios, y no se alegran, por lo tanto, de las bajezas que referís, ¿sois tan ciegos acaso que no veis el peligro grande en que las ponéis de prevaricar como los malos? Os engañáis, murmuradores, os ciega vuestro enemigo. Porque, no sólo puede suceder que aprendan lo que jamás les pasó por la imaginación con vuestro descoco y libertad, pero es facilísimo que, oyendo murmurar de otros por defectos que no ven en sí mismos, vengan en su interior á ensoberberarse y engreirse, y, á imitación del otro fariseo, conciban en su corazón sentimientos de vana complacencia, de altanería y presunción, como si no fuesen de la masa corrompida de los demás hombres: *Non sum sicut ceteri hominum*<sup>1</sup>. Es muy fácil que menosprecien á las personas por vosotros censuradas; es muy fácil que se enfrien y alejen de su amistad, si eran amigas; es muy fácil que sospechen ó recelen, si eran confidentes y familiares; y, cuando no viniera otro daño, es muy fácil que, con notable menoscabo de la caridad cristiana, den crédito arrebatadamente á vuestras acusaciones, sin haber oído los descargos de la persona interesada.

Esto quiso dar á entender el real Profeta cuando dijo:

<sup>1</sup> Luc., XVIII, 11.

*Sedens adversus fratrem tuum loquebaris, et adversus filium matris tuae ponebas scandalum*<sup>1</sup>: Sentado hablabas contra tu hermano, y al hijo de tu misma madre arnabas escándalo y tropiezos. Que es decir: tú, sentado, no ya de paso y de corrida, no á la ligera y en cortas razones, sino muy despacio y de propósito, te ponías á decir mal de tu prójimo; sentado en la antecámara del príncipe ó señor, á quien servías, sentado en las plazas y pasos públicos, sentado en el despacho y á la puerta de la tienda, sentado en los bancos de la iglesia, mientras aguardabas la hora del sermón ó misa; sentado á la lumbre ó á la mesa; sentado, en fin, como en obra muy gustosa y apacible, te pasabas las horas murmurando de tu prójimo: *Sedens adversus fratrem tuum loquebaris*.

repetición enfati-  
ca y enumeración.

Mas ¿qué digo? ¿te figuras que paran aquí las consecuencias de tu mal ejemplo? ¡Ojalá, desventurado, que así fuera! mas, al propio tiempo, dice el Profeta, ponías tropiezo y dabas zancadillas al hijo de tu madre: *Adversus filium matris tuae ponebas scandalum*. ¿No te acuerdas de las personas que te oían? Pues sabe que, como hombres flacos y quebradizos (que en este sentido interpreta San Agustín los hijos de tu madre), esos hombres, digo, por ti tropezaron, por ti cayeron; por ti, quién más, quién menos, todos vinieron á pecar. Porque, si murmuraba de los buenos una persona de autoridad y respeto, se escandalizan los pequeñuelos y flacos, que no saben apreciar las cosas por su peso<sup>2</sup>. Y ¿no temes, desdichado? ¿y no tiembblas? ¿y como agua te bebes la maldad, no solamente propia, sino también la ajena? Sigue, sigue mi consejo, y no hable tu boca las acciones de los hombres: *Non loquatur os meum opera hominum*.

Nuevos daños  
en los hijos de tu  
madre.

por autoridad de  
San Agustín.

Conclusión.

<sup>1</sup> Ps. XLIX, 20.

<sup>2</sup> Etenim cum detrahitur bonis, ab iis, qui videntur alicujus esse momenti, in scandalum cadunt infirmi, qui adhuc nesciunt judicare. Aug. in hunc loc.



## V

Arg. 4.<sup>a</sup>  
DAÑO QUE RECI-  
BE EL MISMO MUR-  
MURADOR.

Pero aún se extiende más esta pestilencia del infierno. Porque habéis de saber que la lengua del murmurador es lengua viperina, es decir, de tres filos ó puntas, todas acerradas y ponzoñosas, como aseguró el glorioso San Bernardo diciendo: *Tres letaliter inficit ictu uno* <sup>1</sup>. A tres hiere con herida mortal de un solo golpe. Hiere á la persona de quien murmura, porque le hace, según hemos primero demostrado, un agravio y sinrazón muy grande; hiere á las personas con quien murmura, porque, como probamos en segundo lugar, las escandaliza y pone á riesgo de perderse; hiere, finalmente, al mismo que murmura, porque le acarrea los daños que voy á declarar con alguna mayor amplitud. Pero ¿quién me dará elocuencia poderosa para explicar y lágrimas para llorar los inmensos males que ¡oh maldicientes y murmuradores! os ocasionáis á vosotros mismos con el desenfrenamiento de vuestras lenguas?

Transición perfecta por reciprocación.

Exordio.

Confirmación. 2)  
Os hacéis odiosos á todo el mundo. Luego.

Antec. por autoridad.

por razón.

por dialógismo.

Y primeramente, ello es cierto, aunque por ventura sea el menor mal, que con lo mismo con que vos imagináis granjearos fama de hombre gracioso y decidor, merced á la avidéz con que se escuchan tales pláticas, donde se sacan á relucir vidas ajenas, con eso mismo os hacéis odioso por extremo; que no puede faltar la sentencia de Salomón que afirma: *Abominatio hominum detractor* <sup>2</sup>; El maldiciente es abominación del género humano. Porque, decidme la verdad, ¿creéis que son tan sencillos y cándidos vuestros oyentes, que no se les ocurra, mientras estáis murmurando en su presencia, que como vais á ellos á murmurar del prójimo, así iréis á otros á murmurar de ellos? Sí, lo piensan, lo temen y recelan de vosotros; y aunque exteriormente y con risas y meneos den muestras de aprobación, pero en su pecho se dicen: ¡Linda pieza, á fe mía! ¡Qué tjera, válgame Dios! Y ¡cómo corta y desuella y no deja hueso sano al infeliz que toma por su cuenta! Bien dijo de ellos el Espíritu Santo por el Sabio: Generación maldita, que en

<sup>1</sup> De consid. — <sup>2</sup> Prov., xxiv, 9.

lugar de dientes tiene cuchillos: *Generatio, quae pro dentibus gladios habet* <sup>1</sup>.

Y no importa que con artificio y maña sobredoréis vuestra murmuración con alguna alabanza con que ganar más crédito de veraces, loándole en pocas cosas para maldecirle en muchas, porque es práctica muy antigua y trivial. Los israelitas, que vueltos, de explorar la tierra prometida, la quisieron desacreditar á los ojos del pueblo, que los había enviado, ¿sabéis de qué traza se valieron? Comenzaron alabándola y levantándola hasta las estrellas. Y así, mostrando á la ávida muchedumbre un racimo de uvas tan enorme, que dos hombres apenas podían con él, y enseñándoles algunas granadas hermosísimas y cantidad de higos extraordinarios: Veis aquí, les dijeron, la fecundidad asombrosa de la tierra adonde Dios nos encamina. No es encarecimiento si decimos que la leche y la miel manan como arroyos: *Revera fuit lacte et melle* <sup>2</sup>. ¡Qué praderas y campos de verdura! ¡qué lindos collados! ¡qué fuentes tan cristalinas! ¡qué bosques tan amenos y frondosos! Imposible que haya en el mundo país más hermoso y alegre. Pero ¡oh malicia del corazón humano!, tras de esta como gotita de miel, derramaron en el pobre pueblo tanta hiel y amargura, representando á los moradores de allí como gigantes, sus ciudades inexpugnables y de muros altísimos, y el aire de aquella región tan inficionado y malsano, que amargado el pueblo, que absorto y suspenso los oía, se alzó y amotinó contra sus cadavillos, Moisés y Aarón, y aun se levantó contra el mismo Dios con tal furia y desatino, como jamás se vió en los campamentos de Israel. Por donde notaréis que ese artificio de vituperar mucho y alabar poco, entretejiendo maliciosamente la alabanza con el vituperio, no es invención vuestra, sino arbitrio muy gastado de todos los maldicientes, é incapaz, por tanto, de libraros del aborrecimiento universal. A todos consta, y de ello están muy convencidos, que no es celo lo que os mueve á ensangrentaros tan desapiadadamente en vuestro hermano; antes bien que es ojeriza, malquerencia, rencor y enconada rabia, dis-

Refutación.—Hágole con mucho desmaño.

Resp. En vano es ardid muy gastado, entrar alabando y salir despedazando al prójimo.

Ilustración por ejemplo.—Los exploradores de Canaán.

Prótasis ó encimios por hipérboles.

Transición por epítocoma á la Apódosis ó vituperios.

Efectos de la murmuración.

Consecuencia.

Conclusión por

<sup>1</sup> Prov., xxx, 14. — <sup>2</sup> Num., xiii, 28.



frazada con máscara de celo. Y así, es fuerza que os teman los que están presentes, como á perros de presa, ávidos de teñirse en sangre y de cebarse en carne humana, y que, temiéndoos, os aborrezcan y abominen: *Abominatio hominum detractor.*

Arg. 5.<sup>o</sup>  
P) Os hscéis odiosos á Dios.  
Luego.

## VI

Mas pasemos adelante: figurémonos, cosa que jamás sucederá, que no salga verdadero el dicho del Sabio, y que, lejos de ser odiosos á los demás con vuestros donaires y maliciosos chistes, os estiman y aprecian los circunstantes; pero ¿no sabéis que, cuando menos, os hacéis odiosos y detestables á Dios nuestro Señor? *Detractores Deo odibiles*, dice San Pablo escribiendo á los Romanos. Los detractores son aborrecibles á Dios nuestro Señor <sup>1</sup>. Y no es maravilla, porque esto del murmurar contradice totalmente al genio de Dios y á su noble condición. Y ¿cuál es el ingenio y condición de Dios? Dícelo Santo Tomás de Aquino <sup>2</sup>. La más cortés y delicada del mundo, y tan comedido con nosotros, que no sufre, mientras vivimos, que se publiquen nuestros pecados: *Valde difficilis est ad publicanda occulta crimina nostra*; no queriendo que seamos en esto menos considerados que los pintores, á quien molesta en gran manera que sus lienzos y pinturas se descubran hasta dar la última mano y borrar lo que les place.

Antec. por razón y congruencia.

El Señor por su condición nunca publica los pecados ajenos, por inducción

en el hijo pródigo

(hipotiposis)

Vió nuestro adorable Redentor venir hasta sí á aquel desventurado pródigo, tiritando de frío, medio muerto de hambre y del cansancio del camino, casi sin huelgo. Y ¿cuál fué la primera providencia de su buen Padre? ¿Fué acaso llevarle á la lumbre donde calentase sus miembros entorpecidos? ¿fué darle de comer? No, hermanos míos; lo primero que hizo fué cubrir su desnudez: *Cito afferte stolam primam* <sup>3</sup>. Traed al momento las primeras vestiduras; y, hasta tanto que vinieron, estúvose el piadoso Padre abrazado con su hijo tan estrechamente, que ninguno de los siervos, como nota San Pedro Crisólogo, pudo verle desnuda-

do ni escarnecer de él: *Ante vestiri voluit, quam videri* <sup>1</sup>. Con esta solicitud y comedimiento cubrió la desnudez de la adúltera, que en el templo le presentaron los fariseos, no diciéndole palabra que oliese á reprensión, hasta haber desviado lejos á todos sus acusadores <sup>2</sup>. Con ésta también á la Samaritana, que se llegó á él junto á la fuente de Jacob, no reprendiendo su mal vivir, hasta que se apartaron de allí cerca todos los Apóstoles <sup>3</sup>. Con este término y cortesia trató al mismo Judas, al villano y traidor Judas; pues, importunado de Juan, es decir, de su amado discípulo, de su amigo y confidente, del secretario de todos sus arcanos, que le descubriese al causador de su congoja, no quiso comunicárselo sino en voz baja y por rodeos. ¡Tan cuidadoso anda nuestro Señor en no revelar vuestras maldades! *Valde difficilis est ad publicanda occulta crimina nostra*.

en la mujer adúltera,

en la Samaritana,

en el mismo Judas.

Conclusión del antec. ipor epifonema.

Pues ¿cómo queréis que no os aborrezca su divina Majestad ¡oh murmuradores!, que, al revés de su estilo y condición, andáis descubriendo y publicando las menguas y caídas de vuestros hermanos, aun las más ocultas, y, viniendo la insolencia y procacidad de Cam, no os contentáis con desnudar al que duerme, sino que convidáis á otros muchos á que miren su oprobio y desnudez? <sup>4</sup> Os aborrece Dios, creedme, ¡oh lenguas maldicientes!; os aborrece de todo corazón.

Luego es fuerza que os aborrezca á vosotros,

por comparación

y aseveración.

Pero yo os pregunto: ¿imagináis acaso que es virtud y merecimiento propio el que no seáis tan malos y pecadores como vuestro hermano? No; todo es gracia del Señor, todo merced suya, y misericordia incomparable. ¿Y por ello os engreís y encumbráis sobre los demás? ¿y por ello los mordéis con vuestras aceradas lenguas? ¿y por ello los hundís y maltratáis? ¿Qué podéis esperar de tal soberbia y ruin comportamiento, sino que Dios alce de vosotros su piadosa mano, y por sus justos juicios os deje despeñar en los mismos pecados, por ventura enormes, feos y vergonzosos, que vituperáis acerbamente en vuestro hermano? Oid, oid la amenaza del mismo Dios en los Proverbios: *Impius confun-*

Confírmase a continuación. Dios alzará su mano y caeréis en mayores crímenes:

por autoridad

<sup>1</sup> Rom., I, 39.—<sup>2</sup> In Gen., c. 18, n. 17.—<sup>3</sup> Luc., xv, 22.

<sup>4</sup> Serm. 2 de fil. prod.—<sup>2</sup> Joan., viii.

<sup>3</sup> Joan., iv.—<sup>4</sup> Gen., ix, 22.



*dis et confundetur* <sup>1</sup>. El impío confunde y será confundido. Si, el hombre malo y murmurador confunde y deshonra, mas él, en retorno, será confundido y deshonrado. ¡Ojalá me permitieran los límites de mi discurso ampliar, como se merece, esta verdad, y os demostraría cómo en todo tiempo y lugar se ha verificado puntualmente! Bástame por todos traerlos á la memoria el suceso de Absalón, increíble, si no fuera de fe.

¿ inducciones bí-  
blicas.

Absalón.

Narración com-  
puesta.

1.<sup>a</sup> parte, La  
caída de Ammón  
y celo arrebatado  
de su hermano.

pecado de Absa-  
lón.

Noticioso éste de la violencia y brutalidad de su hermano mayor contra Tamar, de quien perdidamente se había aficionado, se indignó sobremanera, se irritó, se embraveció de suerte, que imaginó que tamaña afrenta no podía borrarse sino con la sangre del injusto forzador. ¿Qué hizo, pues? Disimuló largo tiempo, como si tal cosa no supiera, y, ofreciéndosele coyuntura favorable, convidó á Ammón con todos sus hermanos á un espléndido banquete, y á deshora hizo que arremetiesen sus criados contra él, y allí mismo lo mató é hizo cuartos con increíble saña y crueldad. Esto presupuesto, ¿quién no se persuadiera que Absalón evitaría manciullarse con aquella vileza y carnalidad, que había detestado con tanto horror, comoquiera que, según dice la Sabiduría, quien reprende un vicio se obliga á no despeñarse en él? *Qui detrahit alieni rei, ipse se in futurum obligat* <sup>2</sup>. ¿No diríais, por lo tanto, que este tremendo claqueo de la honestidad viviría más casto que un cordero, y más limpio que el arriño? Pues oid el suceso, que sin duda os llenará de admiración y espanto. Cometió un pecado peor mil veces que el tan abominable de su hermano Ammón; pues como el rey su padre, huyendo de la corte, le hubiese dejado el palacio libre y todo abierto, hizo que en una solana ó galería armasen una tienda, y allí, en presencia de innumerable muchedumbre del pueblo, ultrajó sin vergüenza las mujeres todas de su padre, con desenfrenamiento jamás oído entre los bárbaros ni entre brutos animales: *Ingressus est, dice el sagrado texto, ad concubinas patris sui coram universo Israel* <sup>3</sup>.

2.<sup>a</sup> parte, ó ex-  
polición oratoria.

<sup>1</sup> Prov., xv, 5.—<sup>2</sup> Prov., xiii, 13.—<sup>3</sup> 2 Reg., xvi, 22.

conmovió tanto á la noticia de un incesto? ¿Qué mudanza es ésta? ¿qué novedad tan extraña ha sucedido? Al fin Ammón es cierto que pecó, mas ocultamente y en el más escondido apartamiento, y aun simulando enfermedad; pero Absalón no se ruboriza de pecar en público, y á voz de pregonero y á sonido de trompeta, y, lo que más horroriza, á la cara y lumbre del mismo sol, que no sé cómo en la mitad de su carrera no retrocedió de espanto y negó á la tierra sus hermosos resplandores. Mas ello sucedió, oyentes míos, y, por monstruoso é increíble que parezca, ello sucedió así, y Absalón, el celosísimo Absalón, cayó en tan horrendo precipicio. Y ¿por qué?, pregunto ahora. Digan otros lo que quieran, que yo para mí tengo que, si cayó en tan abominable brutalidad, fué cabalmente porque, en razón de otra semejante, movió tanta algazara contra Ammón. El impío confunde y será confundido: *Impius confundit et confundetur*. No tuvo respeto ni compasión á su propio hermano, antes con venganza tan solemne y sanguinaria le confundió públicamente y le puso á la vergüenza; y así permitió Dios que al poco tiempo se despeñase en una sima más profunda que su hermano.

por comparación  
de crímenes,

por averiguación  
de causas.

Causación.

Apliquemos este desengaño á nuestro propósito. Con des-  
3.<sup>a</sup> parte, ó apli-  
cación vehemen-  
te y afectuosa.

añadas entrañas y envenenada lengua os cebáis y ensañáis en vuestro hermano por una flaqueza en que tuvo la desgracia de caer, por una destemplanza en la bebida, por un encendimiento de sangre, por una vanidad pueril y ostentación jactanciosa; ¿y no teméis no os deje Dios por sus altos juicios precipitaros en mayores crímenes? Ponderadlo en vuestro corazón de cristianos; sólo os pido con toda humildad y con todo el amor que os tengo en nuestro Señor Jesucristo, que no fiéis del estado y condición presente en que os halláis, ni olvidéis el consejo del Eclesiástico cuando dice: Amonesta á tu amigo, corrige á tu prójimo y da lugar en tu pecho al temor del Altísimo: *Corrippe amicum, corrippe proximum, et da locum timori Altissimi* <sup>1</sup>; porque somos muy frágiles y tornadizos, y, aunque hoy nos parezca que somos perfectos, ignoramos lo que seremos mañana.

Anticipación tá-  
cita.

—Soy fuerte,  
no caeré.—

Resp. Con todo,  
temed y reca-  
taos—por auto-  
ridad.

<sup>1</sup> Ecclii., xix, 11-14-18.



por inducción de  
caídas lastimosas,

Jehú,

(antítesis y subjección.)

Joás,

Salomón.

Transición.

AMPLIFICACIÓN.

Los más viciosos son los que más murmuran.

Por los contrarios.

Directamente.

Epílogo por comparación o memoria de los leprosos.

¿Quién nunca pensara que Jehú, aquel rey de Israel que con tanto celo y fervor destruyó los altares de Baal y exterminó sus sacerdotes, llegaría un tiempo en que él mismo hincara las rodillas delante de los ídolos? <sup>1</sup> ¿Quién dijera que el piadoso Joás, aquel rey de Judá que con tanta devoción y magnificencia restauró el templo y llenó de riquezas las arcas del tesoro, había de extender un día su mano sacrílega á los dones del Señor? <sup>2</sup> ¿Quién imaginara jamás que Salomón, el mismo Salomón, que en sus Proverbios habló tan divinamente contra el ciego amor de las mujeres, y reveló sus embustes, y descubrió sus daños y amargos dejos, llegaría á mancillar su gloria: *dare maculam in gloria sua*, y á despeñarse tan ignominiosamente en la hoya, que con tanta lumbré del cielo él mismo había descubierto? No presumáis en esta vida de impecables, porque todavía no estáis, según creo, confirmados en gracia; sois muy flacos, sois muy caedizos, y plegue á Dios, hermanos míos (lo diré, ya que he comenzado á hablar con entera libertad), plegue á Dios que no seáis peores que los mismos de quien murmuráis.

¡Oh extraña ceguedad! Esto pasa, esto vemos cada día. Los mismos que yacen encenagados en el fango de sus vicios, como inmundos animales, son los que más gritan y vociferan contra los demás, echándoles en cara sus torpezas. Los buenos, dice la Sabiduría, de todos piensan bien: *Innocens credit omni verbo* <sup>3</sup>; como Josué de los Gabaonitas <sup>4</sup>, Jacob de Labán <sup>5</sup>, Jonatás de Trifón <sup>6</sup>. Los más desgarrados, los más díscolos, no contentos con los defectos que ven, ven á menudo más de los que hay. Todo lo critican; de todo escarnecen, á todos menosprecian y nunca aciertan á creer de los otros sino lo ruin y defectuoso. El necio, dice hermosamente el autor del Eclesiastés, cuando va por la calle ó de camino, siendo él el insipiente, á todos tiene por insipientes y necios: *Sed et in via stultus ambulans, cum ipse insipiens sit, omnes stultos aestimat* <sup>7</sup>. ¿Y ha de sufrir Dios tanta presunción? Si es verdad, como lo es, que en la Ley

<sup>1</sup> 4 Reg., x. — <sup>2</sup> 4 Reg., xii. — <sup>3</sup> Prov., xiv, 15.

<sup>4</sup> Jos., ix. — <sup>5</sup> Gen., xxxi, 41. — <sup>6</sup> 1 Mach., xii. — <sup>7</sup> Ecles., x, 3.

vieja prohibía su Majestad que los sanos condenasen á ninguno de leproso, sin previo y prolijo examen de los mismos sacerdotes, ¿cómo ha de sufrir que los leprosos condenen por su antojo aun á los sanos? *Non loquatur os meum opera hominum*: resuelve de una vez á no hablar más de las acciones de los hombres, que es muy rebaladizo y sumamente ocasionado á daños gravísimos é irreparables.

Con esto creeréis acaso que he dicho cuanto decir se puede para atemorizar á los maldicientes; pero escuchadme con atención y veréis que es nonada en comparación de lo que resta por decir.

Transición por sustentación.

## SEGUNDA PARTE

### VII

Cavillos de los murmuradores.

No quiero granjearme entre vosotros, oyentes amadísimos, fama y opinión de profeta aciago y predicador funesto. Porque ¿de qué provecho serían mis predicaciones fatídicas é infaustos vaticinios en orden á espantaros de pecar, si vosotros, por no oírlos, os alejarais del templo? Pero, aunque esto sea así, el amor sincero y entrañable que os profeso me obliga á no engañaros y á decir llanamente la verdad. Estad, pues, sobreaviso, recataos ¡oh murmuradores!, porque vivís en gran peligro de morir pronto de una muerte horrible y espantosa. Mas ¿cómo lo sé? ¿quién me lo ha revelado? ¿por ventura algún ángel me ha confiado el secreto y avisado de vuestras horribles postrimerias? No ha sido ángel, sino el Señor de los ángeles, quien me certifica de ello en los Proverbios, cuando, hablando del castigo propio del murmurador ó detractor, dice que la muerte le saltará de repente. Teme al Señor, hijo mío, y no te juntes con los murmuradores, dice, porque de repente sobrevendrá su perdición: *Time Dominum, fili mi, et cum detractoribus ne commiscearis, quoniam repente consurget perditio eorum* <sup>1</sup>. De súbito, impensadamente, los tragará la eternidad. ¿No

Transición bénevola.

Castigo r.º Moisés pronto y desastradamente.

Por autoridad

<sup>1</sup> Prov., xxiv, 21-22.



Insentenciación y afectos de terror.

habéis oído? ¿Cómo no despertamos al trueno de esta voz? ¿Cómo no vemos ¡oh ciegos de nosotros! el riesgo en que vivimos? ¿Puede mentir, acaso, Dios nuestro Señor? ¿puede encarecer? ¿puede atemorizarnos y bravear, como los hombres, para ser creído? Harto sabéis que repugna infinitamente este lenguaje á la soberana bondad y sabiduría de nuestro Dios.

Por inducción del V. T.

Alcimo,

Datán y Abirón,

Coré,

Israelitas murmuradores.

Pero, decidme, ¿sabéis que muerte tuvo el deslenguado Alcimo, aquel que tan sin decoro ni miramiento dió en hablar de Judas Macabeo? Enmudeció repentinamente, y así, mudo y como fuera de sí, una gota coral le arrebató<sup>1</sup>. ¿Cómo acabó Datán? ¿cómo Abirón? ¿qué fin tuvo Coré, menospreciadores y maldicientes de la ley de Moisés? ¿No se los tragó vivos la tierra, que de repente se abrió debajo de sus plantas?<sup>2</sup> Y todos aquellos que en los campos de Edom soltaron sus lenguas contra su mismo caudillo y libertador, ¿qué remate tuvieron? Decidme, ¿cómo ó dónde acabaron sus miserables días? ¿Quién de vosotros lo ignora? Vieron de improviso que arremetía contra ellos un ejército de serpientes, de culebras, de víboras, de mil otras sabandijas y reptiles horrosos y pestilenciales, que vomitando fuego de sus bocas, y vibrando espantosas llamas, hicieron en pocos momentos horrible mortandad. No, no miente Dios, no encarece, ni bravea, como los hombres para que demos crédito á sus palabras, cuando asegura que á los murmuradores saltará la muerte de repente: *Quoniam repente consurget perditio eorum*, puesto que no sólo la experiencia lo confirma, pero parece este castigo muy conforme á la justicia y á toda buena razón. Porque, si la canalla de los murmuradores, á fuer de hombres cobardes, acometen por la espalda, á traición, insidiosamente, y jamás de frente y á cara descubierta, según arriba dijimos, ¿qué maravilla que la muerte los saltee de improviso y como á traición, pues la muerte es lo único en el mundo que pueda hacer callar las malas lenguas?

Por razón de congruencia: muestran á traición los que hieren á traición.

<sup>1</sup> I Mach., ix, 55. — <sup>2</sup> Num., xvi, 24 et seq.

## VIII

Pero no quiero extremar la sentencia de Dios, y os concedo, ved la libertad que uso siempre con vosotros, que no ejecutará por ventura esta amenaza con tanto rigor, sino que tendréis antes de morir tiempo aparejado para entrar en cuentas, y arrepentiros, y pedir perdón á su Majestad de vuestros pasados yerros. Mas ¿con qué semblante, con qué pecho y valor osaréis acudir á nuestro Señor Jesucristo en los postreros alientos y salida de este mundo? ¿No fuisteis vosotros tan crueles y sin entrañas con vuestro hermano, que jamás le perdonasteis ningún desliz, antes cada día y cada hora le envilecíais y desacreditabais con insufrible soberbia, y le acusabais con arrogancia, y sin acordaros de la misericordia y caridad cristianas, en cuantas ocasiones se ofrecían, despedazabais delante de todos su honor y reputación? ¿Cómo, pues, será vuestro corazón tan esforzado, que espere en aquel trance las misericordias de Dios? ¡Ay desventurados de vosotros!, éste es, creedme, el mayor peligro y la congoja mayor que os amenaza para aquella hora tremenda, es á saber: haber perdido aquella filial confianza en la bondad divina, que tanto consuela al moribundo. Ni carece de fundamento esta severidad, porque de otro modo no sé cómo se verificaría lo que el mismo Señor dice en otro lugar, de los que murmuran y detraen á su prójimo; que á los tales aborrece, y le dan náuseas, y los persigue de muerte: *Detrahentem secreto proximo suo, hunc persequetur*<sup>1</sup>.

Todos sabéis, hermanos míos, la gran cabida y autoridad de Moisés, para amansar el enojo divino é interceder por los culpados. Había su pueblo ingrato y de dura cerviz fabricado un becerro de oro, lo había incensado y adorado; por manera que, irritado Dios y encendido en justa saña, determinó bajar, y asolar aquel pueblo á fuego y cuchillo, y acabar de una vez con aquella raza de rebeldes. Mas con

Castigo 2.º Moisés impenitentes.

(Transición por concesión).

2) Por la desconfianza que sentiréis de alcanzar perdón.

por congruencia

y autoridad.

β) Porque el murmurador ha conducido el corraón de Dios.

Por ejemplo de Moisés y su hermana. Narración ilustrada.

<sup>1</sup> Ps. c, 5.



todo este furor ¿quién tal creyera? se interpone Moisés y aboga con palabras de gran celo por sus hijos idólatras, y luego al punto, sin réplica ni demanda alguna, recaba el indulto y logra que se calme la indignación divina, como las olas del alborotado mar en amainando el temporal: *Placatusque est Dominus ne faceret malum, quod locutus fuerat adversus populum suum* <sup>1</sup>. ¿Quién, por tanto, imaginara que fuese nunca despedido del soberano tribunal y desairado en su intercesión en lo futuro, el que tan pronto alcanzó perdón para gente tan pérfida y desalmada? Mas, ved lo que sucedió al poco tiempo: aboga por su hermana María, herida en la cara de lepra asquerosísima <sup>2</sup>, y por mucho que clame, y por más que suplique y alce sus gemidos delante del divino acatamiento, María no sana, y vese forzada á huir del público, y desviada de la gente y reclusa en su encieramiento, paga por muchos días su oprobio y contumacia.

Mas ¿por qué tanto rigor? ¿Ha incurrido, por ventura, en pecado mayor que la idolatría? ¿Qué ha hecho la infeliz? ¿Qué dijo ó en qué pasos anduvo, que tan inflexible se le muestra Dios? Notorio es el caso. Con ese desembarazo en hablar, de que el cielo ha dotado á las mujeres con el fin de que enseñen á sus hijos á soltarse cuando niños y á pronunciar con facilidad, censuró, no sé cómo, á su buen hermano Moisés, á causa de una etíope, de raza ó de rostro, no lo sé, con quien él se había desposado. Mas, porque este hablar acerca de su hermano sabía á murmuración, que es lo mismo que á poca misericordia con las miserias del prójimo, no quiso Dios, como observa San Basilio, aceptar por ella disculpa ni descargo de ninguna clase, cerrando sus oídos á las recomendaciones, á las plegarias, á los gemidos y clamores de su siervo y mayor amigo; y habiéndose mostrado tan fácil y misericordioso en perdonar por intercesión de Moisés tantos ultrajes contra su divina persona, fue inexorable en perdonar uno tan corto, hecho á la persona de Moisés.

Ved, pues, si hubo encarecimiento en lo que dije. Éste,

Exposición, ó va-  
limiento de Moisés.

Nudo, ó supli-  
cas desaprovecha-  
das.

Causas por sus-  
tención.

Desolace, ó la  
murmuración de  
María.

Consecuencia

éste es el terrible efecto que hace la murmuración en el corazón de Dios, volverlo en cierta manera duro, inflexible, inexorable, y, por tanto, ¿quién duda sino que, al querer en el trance fatal de vuestra muerte tornaros á Jesucristo y suplicarle que os perdone, no acertaréis á hacerlo, y os parecerá demasiado atrevimiento pedir misericordia y compasión de culpas, que en realidad de verdad no fueron sino faltas de compasión y misericordia? Así respondió cierto religioso desventurado, según cuentan gravísimos autores, aunque modernos <sup>1</sup>. Hallábase cercano á la muerte, y oyendo cómo los circunstantes le exhortaban con grande afecto á confiar en la misericordia divina, ¡qué misericordia!, exclamó el enfermo, ¡qué misericordia!, ésta no es para mí, que tan poca tuve con el prójimo.—Luego, sacando la lengua fuera, y señalando á los demás que la mirasen: Ésta, añadió, esta maldita lengua me ha condenado; ésta, con que tantas veces me oísteis murmurar y condenar á los otros, me condena y me precipita desesperado en los infernos.—Apenas hubo dicho estas palabras, á fin de que todos viesen que había hablado por justo juicio de Dios, se le hinchó de repente toda la lengua de manera tan monstruosa que, no pudiendo meterla, comenzó á gemir y sollozar y bramar horriblemente, como toro agarrochado; y así, tras penosísima agonía, exhaló su espíritu. Otro murmurador se mordió la lengua en aquella hora, y la hizo pedazos con sus mismos dientes; á otro se le paralizó y entorpeció; á otro se le canceró y cubrió de gusanos. ¡Tan lejos estuvieron en aquel aprieto de emplearla pidiendo á Dios perdón de los pasados extravíos!

Y vosotros, oyentes muy amados, ¿qué decís? ¿Pareceos cordura arriesgar así vuestra eterna salvación, por sólo no refrenar la lengua? Jamás, jamás hablará mi lengua, decidlo con gran pecho y resolución, jamás hablará mi lengua las obras de los hombres: *Non loquatur os meum opera hominum*; porque va mucho, muchísimo en afirmaros en ello. ¿Qué ceguedad es la nuestra? ¿qué locura? ¿Cómo es posible que no nos determinemos desde hoy á mirar por nues-

confirmada por  
muertes horribles

de muchos mur-  
muradores.

Conclusión por  
epifonema.

PERORACIÓN.

No os metáis en  
vidas ajenas, por-  
que os mandareis  
con mil culpas.

<sup>1</sup> Exod., xxxii, 14.—<sup>2</sup> Num. xii.

<sup>1</sup> Joan. Mayor, Spec. exempl.



tra alma y á cuidar de lo que nos cumple, pues de ello, y no de las vidas ajenas, nos han de pedir cuenta en el tremendo tribunal? Maravilla es, que espanta, ver cuánto afán y solicitud tenemos de las conciencias de los otros, siendo así que con ello sólo conseguimos agravar las nuestras.

por similitud del río  
desbordado:

¿Qué gana el río con hincharse y salir de madre, barriendo con su corriente ambas riberas y arrastrando entre el murmullo de sus aguas todas las inmundicias, todas las heces y horrruras de los campos; qué gana, digo, sino enturbiarse el mismo y quedar todo sucio y cenagoso? No es tan larga la vida del hombre, si queremos emplearla bien y

sin mirar por  
vuestra salvación,  
que la vida es corta  
y el negocio  
may arduo.

provechosamente para nuestra alma, que huelgue espacio para gastarla en averiguar vidas ajenas. Una cosa es necesaria, hermanos míos, si damos fe á nuestro adorable Redentor: *Porro unum est necessarium*<sup>1</sup>, una sola cosa es necesaria, y no es otra sino que aseguremos el negocio de nuestra eterna salvación, negocio ¡ay!, cuán dificultoso y enmarañado! ¡cuán arduo! ¡cuán incierto! Y nosotros, como si fuese facilísimo, nos cargamos de cuidados impertinentes y superfluos, ¿qué digo impertinentes?, dañosísimos, y á nuestra alma muy perjudiciales. Dejemos, pues, á los hombres

Dejemos á Esaú  
é imitemos á Jacob.

desbaratados de este siglo que vayan, como Esaú, vagabundos, la aljaba pendiente y el arco en la mano, sin más ocupación todo el día que andar á caza de yerros ajenos, como de presa gustosísima á su estragado paladar; y nosotros, á imitación de Jacob, perseveremos en nuestra casa, y con santa simplicidad echemos las cosas á buena parte, teniéndolos á todos en nuestro corazón por mejores y más santos que nosotros. Esto cumple á buenos cristianos, esto pide la prudencia, esto exige la caridad. Obrar de otra suerte es de hombres arrebatados y que no les importa mucho la salvación de las almas ni la consecución de la eterna bienaventuranza, que á todos os deseo.

Conclusión por  
epítogo de temor.

<sup>1</sup> Luc., x, 42.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMONONO

El discurso anterior pertenece á los **suasorios**, el presente á los **disuasorios**, que son los dos miembros que encierra el género deliberativo. Aquél **incita** y espolea á la virtud del celo; éste **aparta** del vicio de la murmuración. En aquél se vale el orador de todas las razones que **atraen** y convidan nuestra voluntad, como la hermosura, la bondad, el provecho, la facilidad, el deleite y la necesidad; en éste, de las que entibian nuestro deseo y sirven para engendrar **desvicio**, aborrecimiento y horror, como son la fealdad, la ignominia, lo dañoso y perjudicial, lo peligroso y arriesgado, y finalmente lo dificultoso y, si puede ser, lo imposible. A las veces mézclanse estos dos géneros, y entonces adquiere el discurso una fuerza maravillosa para batir y entrar el corazón de los oyentes; cuando de una parte le proponemos mil linajes de bienes que le arrastran, y de otra infinitos males que le amedrentan, y así, combatido de todos lados, no halla el hombre mejor remedio que rendirse á discreción.

Mas ¿qué elocuencia, ni de hombre ni de ángel, hará callar las lenguas murmuradoras y maldicientes? Importa conocer la **fuerza del enemigo** para saber apreciar el triunfo del orador. ¿Quién sujetará al **caballo** que se va de boca? ¿quién apagará las **llamas** cuando sopla el viento? ¿quién detendrá la corriente de un **río** que salió de madre? ¿quién, en fin, gobernará la **nave sin timón** en medio de la tempestad? Pues todo esto es la lengua habladora y murmuradora, y por aquí se ha de medir el valor de este discurso; cuya elocuencia es **freno** que doma y ata á los deslenguados, es **agua** que extingue el ardor y apetito del murmurar, es **dique** robusto que ataja la corriente arrebatada de la maledicencia, y es **timón** que endereza la nave de la conversión humana al puerto de la gloria de Dios y provecho de nuestros prójimos. Y ¿de dónde le nace este **vigor** para obrar tan buenos efectos? **De dos cosas**, si no me engaño,



á saber: del orden ascendente de las pruebas, y del uso que hace de las amplificaciones oratorias.

**Orden ascendente de las pruebas.** Helas aquí: son las mismas que trae el Venerable Granada por estas palabras: «El segundo mal que tiene este vicio es ser muy perjudicial y dañoso, porque, á lo menos, no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice, otro de los que oyen y consenten, y el tercero de los ausentes de quien el mal se dice»<sup>1</sup>; las cuales invierte nuestro orador en esta forma:

I. Daño en los ausentes, de quienes se dice el mal; por silogismo oratorio.

**Es injusticia y vileza grande ofender y combatir al que no puede defenderse.**

**Esos hacéis vosotros al murmurar del ausente:**

**Luego sois unos cobardes y ruines.**

Confírmalo con tres notas que encarecen este daño, y sirven de avergonzar más al murmurador, por parte de la persona de quien murmura. Porque, primero, sois unos **traidores**, pues los herís por la espalda. Segundo, sois unos **aduladores** y lisonjeros, pues los alabáis en presencia. Tercero, sois unos **ladrones** que robáis la fama, la cual dificultosamente restituiréis jamás.

II. Daño gravísimo en los que escuchan la murmuración; por dilema.

**Esos con quien murmuráis, ó son malos y de vida desbaratada, ó son buenos y temerosos de Dios.**

**Pero á unos y á otros ocasionáis daños gravísimos: Luego sois dañosos y perjudiciales á todos los que os escuchan.**

Y va probando en forma de entimema los dos miembros de la menor. El primero, de los **malos**, porque éstos se alegran y cobran alientos para más ofender á Dios. El segundo, de los **buenos**, ya porque aprenden cosas malas, ya porque se vanaglorian de sí mismos, ya porque vienen á pecar por causa vuestra.

«Por razón de estos daños, dice el Venerable Granada, es comparado este vicio en la Escritura, unas veces con las navajas que cortan los cabellos sin que lo sintáis; otras veces, con arcos y saetas que tiran de lejos y hieren á los ausentes; otras veces, con las serpientes que muerden de callada y dejan la ponzoña en la herida.» Y trae el dicho

<sup>1</sup> Guía de pecadores. Lib. II, cap. II.

del Eclesiástico: La herida del azote deja una señal en el cuerpo, mas la de la mala lengua deja molidos los huesos<sup>1</sup>.

III. Daños que hace al mismo que murmura; por entimema y silogismos.

α) **Os hacéis odiosos á los hombres**, porque todos, naturalmente, huyen de las personas de mala lengua, como de serpientes ponzoñosas:

**Luego os causáis un daño gravísimo.**

β) **Os hacéis odiosos y abominables á Dios**, porque Dios, por su condición y naturaleza, nunca publica las culpas ajenas sin necesidad.

**Luego os hacéis un grave daño.**

Item más:

**Dios alzará su mano de vosotros y permitirá que os despeñéis en mayores pecados de los que notáis y criticáis en otros**, como se ve por la Escritura:

**Luego os causáis un daño inmenso con vuestras murmuraciones.**

γ) **Los que murmuráis, sabed que moriréis pronto y desastradamente**, porque así lo dice Dios y lo pide la razón:

**Luego, murmuradores, os hacéis un gran daño murmurando.**

δ) **Sabed que moriréis impenitentes**, ya porque no tendréis valor de pedir perdón, los que á nadie habéis perdonado, ya porque Dios no os lo otorgará, por haberle vosotros endurecido el corazón:

**Luego os despeñáis en mil males los que tenéis vicio de murmurar.**

¿Quién no descubre desde luego un orden admirable en la disposición y traza de estas pruebas? Porque **dos amores** hay en el corazón de cualquier hombre, por audaz y desalmado que sea: el uno que le inclina hacia **los demás**, el otro á **sí mismo**. Porque quiere bien á sus semejantes, siente sus daños; porque se quiere bien á sí mismo, huye de cuanto puede perjudicarle. Mas ¡qué diferencia entre estos dos amores! ¡Cuánto más entrañado y vehemente es el que nos inclina á nosotros mismos! Por esta razón invierte los

<sup>1</sup> Eclii., xxviii.



argumentos, y en primero y segundo lugar coloca los que se refieren á los otros, y guarda para el postrero los que tocan al mismo murmurador, á quien le va quitando uno á uno todos los bienes y acarreándole toda suerte de desdichas, con una progresión muy oratoria. Porque, lo **primero**, le despoja de la estimación y aprecio de los demás, en busca del cual anda murmurando, y en retorno le da por enemigos á todos los hombres. Lo **segundo**, le da por enemigo á Dios, que es enemigo terribilísimo, en cuyas manos ¡ay del que cayere! Porque, y es lo **tercero**, Dios le abandonará y dejará que caiga en las mismas y mayores culpas; y, no satisfecho su enojo, le enviará una funesta y repentina muerte, que es el **cuarto** castigo y más severo que los anteriores, porque es renuncio del **quinto**, conviene á saber: la impenitencia final.

**Amplificaciones oratorias.** En ellas consiste principalmente la *vis oratoris*, y el pecho de que habla Quintiliano: *Pectus enim est quod disertus facit*<sup>1</sup>; y en ellas sobresale y campea SENECA en este discurso. ¡Cómo amplifica en el **exordio** la pestilencia universal de la murmuración! Primero, por **enumeración de partes**: «Derrámase por todos los ángulos de la ciudad, paséase por las calles, entra en las casas, invade los palacios, y plegue á Dios que no penetre en los claustros mejor amurallados». Segundo, por **distribución de personas y de vicios**: «Si uno es manso y sufre con paciencia los agravios, dicen que es un cobarde; si abstinento, que es un avaro; si piadoso, que es un hipócrita; si casto y recogido, que es frío y melancólico».

¿De dónde nace ese movimiento de toda la **confirmación**, sino de las amplificaciones? ¿Y cómo excita la **vergüenza**, hiere el **amor propio**, engendra **horror** á las lenguas maldicientes, espanta con el **temor** de los castigos divinos? Después de probar lo que quiere convencer, deja la argumentación aparte, ó más bien la esfuerza, la levanta, la vivifica, ya desenvolviendo las causas, ya enumerando los efectos; unas veces hace hincapié en los adjuntos de las personas ó de las cosas, en los antecedentes ó consiguientes; otras particulariza lo general ó distribuye los miembros ó partes de un todo; otras, y es lo más común, fija la atención de los oyentes y los conmueve con ejemplos, con semejanzas y desemejanzas, apoyando lo que dijo con testimonios de Santos Padres y de las divinas Letras.

Porque va mucho de la **argumentación** á la **amplificación**. Aquella se extiende á todas las cuestiones en que se

<sup>1</sup> Inst. Orat. Lib. x, c. 7.

busca si es ó no es, qué es y qué no es, si es así ó no es así, por qué razón es de un modo y no de otro. Mas ésta sólo abraza las cuestiones, cuya grandeza ó pequeñez queremos encarecer; como, por ejemplo, si se trata de probar que alguna cosa es indigna, funesta, triste ó alegre, amable ó detestable. Aquella sirve para probar; ésta para persuadir ó disuadir, para alabar ó vituperar, para mover este ó aquel afecto, que son los **tres fines** que tiene la amplificación.

Para esto la emplea SENECA con grande maestría, sobre todo al final de la primera parte y en toda la segunda, hasta conseguir la victoria y exclamar: «Y vosotros, oyentes muy amados, ¿qué decís? ¿Parécenos cordura arriesgar así vuestra eterna salvación por sólo no refrenar la lengua? Jamás, jamás...»

